

# Sufrimiento y concepto: el cuerpo sin imágenes

Santiago Johnson

1. En los textos estético-filosóficos de Theodor Adorno no se desarrolla de forma explícita una antropología filosófica. Si bien abunda el análisis de los modos en que se articula y ramifica la matriz del dominio en la relación sujeto-objeto en su inscripción corporal (por ejemplo en *Dialéctica de la Ilustración y Mínima Moralía*), hay -casi como una consecuencia metodológica y ontológica ineludible- una dificultad para presentar una descripción positiva de la corporalidad que responda y corresponda a los nodos centrales de su pensamiento.
2. La relación entre arte y cuerpo es problemática. Nos sitúa frente a una paradoja política. Si la obra de arte en su dimensión autónoma y desfuncionalizadora constituye un "objeto imposible", un interrogante que viene a socavar la relación misma entre sujeto y objeto para desarticular, aunque sea por un instante, la lógica de dominio que el primero proyecta sobre el segundo, ¿qué dimensión de la corporalidad corresponde a esa posibilidad de reconciliación entre lo escindido que de por sí se proyecta más allá del dominio de lo existente? Esta dificultad inherente al pensamiento adorniano nos interpela con toda seriedad. En primer lugar, una seriedad casi solemne, propia del arte entendido en una estela benjaminiana: más allá del juego y el experimentalismo vacío, el arte es ontología de todo lo que podría haber sido o puede llegar a ser, pero no es. ¿Es posible afirmar esto del cuerpo? ¿No es el cuerpo aquello que es en un modo presente de una manera irreductible? ¿Puede desaparecer el cuerpo? ¿Qué sucede cuando el cuerpo desaparece?
3. El arte como contracara del mundo se asemeja mucho a la demanda de Justicia (asumiendo que la Justicia no es propia de este mundo -quizás de ninguno- en su sentido radical, absoluto e incondicionado). Pide el retorno de aquello que nunca más podrá volver a hacerse presente. Como un espejo que devuelve una imagen negativa, la retórica de lo justo quizás no sea más que otra trampa tendida dentro de los repetitivos y estrechos márgenes de lo que Adorno llama "círculo mágico de la existencia". La apropiación de lo mismo no excede jamás los límites impuestos por la propia identidad. Entonces, ¿cómo puede volver el cuerpo? Y más aún, ¿cómo puede volver la absoluta singularidad, el cuerpo del otro (no el cuerpo propio, de alguna manera más cercano)? Asoma una seriedad trágica, el castigo de Prometeo, que se inscribe y lacera una y otra vez la carne. Opuesto a lo que nunca llega, a esa Justicia última y definitiva, la perpetuación del dominio según es descrita en el primer excursus de *Dialéctica de la Ilustración*, siempre se efectúa sobre el cuerpo.
4. La crítica lógica de la identificación en Adorno nos lleva a un extremo paradójico de la filosofía, y se convierte en portavoz de la denuncia de la monstruosidad en que secretamente devino la relación ser/pensar: pensar es identificar, nominar es dominar. Esta inflexión absurda y paradójica, determina la tarea y deber del pensamiento filosófico adorniano. De alguna manera, esta cuestión se repite casi constantemente en los textos de Adorno. No es más que un ejercicio inútil por decir, dentro de la filosofía, aquello que no puede ser dicho en términos conceptuales, sino solamente ejecutado una y otra vez en los conceptos con el único fin de poner en entredicho la solidez de todo el aparato idealista que decretó la ignominia de la carne. Quizás la filosofía de Adorno no "dice" nada, simplemente nos propone el ejercicio filosófico de desmontar conceptos con conceptos. Como Sísifo cargando una y otra vez la roca por la ladera, Adorno nos coloca frente a los límites del sentido. Veamos qué dice Adorno:

"sólo los conceptos pueden realizar lo que el concepto impide. La deficiencia determinable en todos los conceptos obliga a citar otros; surgen de allí aquellas constelaciones que son las únicas a las que ha pasado algo de la esperanza del nombre. A éste el lenguaje de la filosofía se aproxima mediante su negación. Lo que critica en las palabras, su pretensión de verdad inmediata, es casi siempre la ideología de una identidad positiva, existente, entre la palabra y la cosa" (DN p.59).

El movimiento dialéctico propuesto por Adorno no es un método con el que puedan establecerse las determinaciones de lo real, dado que la cosa siempre reviste un excedente que no puede ser circunscripta a una identidad identificable por medio del pensamiento. La contradicción es irreductible y vuelve inocuo todo intento de interpretar unidireccionalmente. Esto no significa que la contradicción sea un estado de la cosa en la realidad. El problema de la contradicción, en tanto categoría reflexiva, es que pone de manifiesto la inadecuación del concepto y cosa en el pensamiento. Por esta razón la pretensión hegeliana de reconciliar por medio del pensamiento concepto y mundo se vuelve casi ingenua. La dialéctica negativa, por el contrario, es el proceso por el cual procede el desmonte de toda imagen de adecuación en el pensamiento presente en el sujeto. El signo de la no-verdad del concepto está dada por la exigencia de alteridad entre los dos órdenes: la identidad entre concepto y objeto en el sujeto es aquello que jamás puede agotar la cosa: el cuerpo, como el arte, siempre está en el exceso.

5. Ahora bien, ¿es posible concebir la corporalidad desde esta matriz? La discusión sobre la relación sujeto-objeto tiene una larga tradición en la filosofía. ¿Pero qué pasa cuando se introduce el cuerpo? ¿Qué posibilidad le queda al pensamiento frente a lo real si el cuerpo, que es la marca indeleble de la particularidad, no puede ser dicho? Podemos pensar estas cuestiones en Dialéctica Negativa. Llamativamente, los dos últimos párrafos de la segunda parte, donde Adorno retrospectivamente señala con un guiño aporético el "concepto y categorías" de su trabajo filosófico, están dedicados al cuerpo, la felicidad y las imágenes.

6. El tratamiento es peculiar y diluye los márgenes de la antropología kantiana y su promesa de felicidad (asequible en el cuerpo de la "especie" y por la realización de lo universal). Sostiene Adorno en "El sufrimiento es corporal":

"todo dolor y toda negatividad, motor del pensamiento dialéctico, son la forma de lo físico de múltiples formas mediatizada, de no pocas devenida incognoscible, del mismo modo que toda felicidad aspira a la consumación sensible y en ésta obtiene su objetividad. Despojada de todo aspecto en este sentido, la felicidad no es tal. (...) La más mínima huella de sufrimiento sin sentido en el mundo de la experiencia desmiente toda la filosofía de la identidad, que querría disuadir de él a la experiencia".

7. Si el cuerpo singular es el continente de la experiencia inalienable de la felicidad, el sufrimiento pasa a desmentir la teodicea del sujeto y su capacidad conceptualizadora del mundo. El sufrimiento recuerda y denuncia imperiosamente que algo debe ser de otro modo, que no se resiste el aquí y ahora, que hay algo que rebalsa y demanda movimiento: en el fondo no es más que la desesperación del sujeto, la evidencia impostergable de la inadecuación. Si, como dice Adorno, el sufrimiento siempre es corporal, no puede situarse en ningún otro lugar más que en el fundamento mismo del materialismo. Hasta aquí la postura adorniana no presenta grandes novedades frente a la gran tradición materialista que privilegió los modos corporales como vía de acceso a la realidad. Hay una larga tradición que recupera lo material y el cuerpo para denunciar los excesos del idealismo. Lo realmente novedoso, que aparece en el último párrafo "Materialismo sin imágenes", es Adorno asumiendo radicalmente a Benjamin, en un gesto quizás mucho más exacerbado e iconoclasta que borra incluso cualquier concesión pedagógica en el uso de imágenes.

"Una consciencia que insertara entre sí y lo que piensa un tercero, imágenes, reproduciría inadvertidamente el idealismo; un corpus de representaciones sustituiría al objeto de conocimiento, y la arbitrariedad subjetiva de tales representaciones es la de los que mandan. El ansia materialista por comprender la cosa quiere lo contrario: sólo sin imágenes cabría pensar el objeto entero. Tal ausencia de imágenes converge con la prohibición teológica de imágenes. El materialismo la secularizó al no permitir la descripción positiva de la utopía; ése el contenido de su negatividad. Allí donde más materialista es, coincide con la teología. (...) Sólo con el impulso corporal aplacado se reconciliaría el espíritu y se convertiría en lo que no hace sino prometer desde hace tanto tiempo".

8. Hagamos un paréntesis. Dentro de la tradición de los materialismos (incluso los denominados dialécticos), se puede señalar a Adorno con un espécimen bastante particular. Tanto esfuerzo teórico para acabar en la ausencia de una descripción positiva de la reconciliación podría bastar para acusarlo de pesimismo, teologismo o falta de consecuencia en su pensamiento. Se lo ha acusado de inmovilizar. ¿Qué puede querer decir este materialismo sin imágenes? A primera vista, es un absurdo. Desde la *physis* aristotélica hasta la *res extensa* que anticipa el modo de ver de la ciencia moderna, la concepción de lo material reviste el carácter de lo visible. Casi podríamos elaborar un argumento análogo al de Anselmo de Canterbury. Si existe aquello con condición material, necesariamente el poder ser visto es un atributo que le corresponde de suyo. Para aclarar este malentendido, debemos considerar la direccionalidad peculiar que asume el materialismo en Adorno: (1) lo material nunca se presenta "en cuanto tal". No hay un materialismo ingenuo ni una apuesta realista, porque (2) lo material siempre se encuentra entrampado en la relación dialéctica entre sujeto y objeto, del mismo modo que el concepto se impone por sobre lo particular (sujeto/objeto y concepto/materia). Pero como (3) la relación entre ambos nunca es de plena adecuación dado que el nombre propio del objeto no se agota en el sujeto y queda incognoscible (así como lo particular no se circunscribe al concepto), entonces (4) la creación de imágenes bajo la lógica de la adecuación es subsidiaria del modo en que opera el concepto sobre lo singular. Así queda trazado el campo en el que se mueven tanto el arte como la filosofía. La preminencia del sujeto y el concepto para la nominación del objeto y lo particular, obligan a operar desde dentro de las redes trazadas por los conceptos para desarticular y desatar una implosión en la manera en que el objeto es representado, y en base a tal representación, sujetado y dominado. Así como la filosofía no tiene más que conceptos para elaborar su crítica, el arte se nutre de imágenes.

9. La cita anterior contiene una omisión deliberada, que es pertinente reponer en este momento luego de las aclaraciones del punto previo. A partir de ella podremos volver sobre las cuestiones planteadas en los puntos 1 y 2 a propósito de la relación entre cuerpo y arte. Sostiene Adorno en el párrafo mencionado a propósito del materialismo que "su anhelo sería la resurrección de la carne; algo totalmente ajeno al idealismo, el reino del espíritu absoluto". Es aquí donde debemos detenernos. En primer lugar no deja de llamar la atención la metáfora cristiana. En principio es totalmente problemática para lo que se plantea porque el rechazo a las imágenes es intrínsecamente una denuncia de la mediación y la iteración del sujeto. Aceptar la agencia de la figura de Cristo es comprometerse con la posibilidad de establecer un nexo entre sujeto y objeto que reconcilie la diferencia que los separa. Pero Adorno rechaza tanto el medio positivo (la imagen reconciliadora) como el fin (supresión de la diferencia por medio del pensamiento). A grandes rasgos, estas salvedades nos alejan de una interpretación dentro de un marco cristiano. Una vez excluidas estas posibilidades (aunque sea de modo provisional), debemos abocarnos al enigma que se despliega ante nosotros. ¿Qué significa en este contexto la resurrección de la carne? Excluida la trascendencia y en virtud de la exigencia materialista, la vuelta del cuerpo muerto es *lo imposible en sí mismo*. Sabemos que los cuerpos no vuelven. Sabemos que los cuerpos desaparecen. Pensar al zombie, tan presente en el ideario contemporáneo, nos remite a una fragilidad de cuerpo que está más acá del límite de la muerte, no del otro lado, porque más allá no hay retorno después de la muerte. Pretender la resurrección de la carne es un gesto retórico de toma de posición en favor del contenido, de lo abierto que ha sido sepultado bajo

razones, que como tales, pueden explicar y convencer. Pero como se señaló, el dolor y la felicidad escapan a esta reducción. Su realización en el cuerpo no puede remitirse a una decisión previa por parte de ningún sujeto.

10. A modo de cierre podríamos plantear una serie de preguntas, atendiendo a las urgencias del presente. ¿Qué márgenes debe desintegrar el arte frente a los discursos de la felicidad programada y del futuro feliz a costa del sacrificio ciego del cuerpo de hoy? ¿Qué corporalidades interpela el arte ante la desaparición del cuerpo y la retórica del poder que justifica la inscripción de la norma en el cuerpo por medio de la violencia? Quizás para seguir horadando el sentido y planteando estas preguntas –nunca para dar una respuesta conclusiva- las reflexiones de Adorno encuentren una renovada actualidad.